

RECENSIÓN

La voluntad del gudari. Génesis y metástasis de la violencia de ETA

Gaizka Fernández Soldevilla

Tecnos, Madrid, 2016, 366 pp.

Mikel Azurmendi • ramsalazur@gmail.com

UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO/EUSKAL HERRIKO UNIBERTSITATEA



Quien no haya querido ser un asesino se marchó tempranamente de ETA. Esto me ocurrió a mí y a decenas de personas a las que conozco y abandonaron el cubil del nacionalismo radical. A algunas de ellas ayudé yo mismo a elegir entre ser un asesino o no serlo. Quien todavía no se haya marchado de ETA (o del “mundo de ETA”) es porque prefiere creer que hubo buenas razones para asesinar al oponente político y que, en un futuro incierto, tal vez las siga habiendo. En cualquier caso a ése le importa un bledo ser un asesino. Esta radicalidad del asunto de ser o no ser terrorista es la que me movió a dedicar la novela *Tango de muerte* (Hiria, 2012) a José Humberto Fouz Escobedo, Jorge Juan García Carneiro y Fernando Quiroga Veina, tres muchachos inmigrados desde Galicia a Irún, que fueron asesinados por ETA en 1973 tras haberles infligido bárbara tortura. La gente adicta al terrorismo así como también la simpatizante y la acojonada por ellos, siempre dijeron que, si ETA los había hecho desaparecer, por algo habría sido: seguramente porque eran tres polis o informadores. O acaso, ETA se hubiese equivocado, cosa que algunos también dijeron. En mi dedicatoria “In memoriam” a los tres jóvenes añadía yo: “Pero dejadme decir que ETA os asesinó no porque se equivocase, sino porque son asesinos”.

Cuando unos cuantos jóvenes radicales del PNV se dejaron ver en los franquistas años 50 para crear una organización al margen, echaron mano de los materiales simbólicos a su alcance a fin de significar su cabreo ante sus padres los cuales, sin hacer nada contra Franco, lo esperaban todo de fuera. Esos materiales eran esencialmente una manipulación sesgada de relatos de la guerra civil que sus padres acababan de perder. En esos relatos estos jóvenes de ahora inyectaron imágenes de esperanza y de sublimación, así como metáforas de muerte y resurrección. O sea, recompusieron toda una épica trascendental desde la soteriología religiosa y la social, que siempre se revisten de formas de exaltación psicológica.

Así es como configuraron un nuevo concepto de guerrero vasco o gudari y lo implantaron clandestinamente en la Euskadi gobernada por el bando ganador de la guerra. Poco importaba que el *gudari* de verdad no hubiese resistido el asalto de otros vascos y navarros. Poco importaba que por no morir en combate aquellos *gudaris* de verdad se hubiesen entregado con armas y bagajes al enemigo implorando piedad en Santoña. Lo que importaba ahora, muy a finales de los 50, era sacar fuerzas para ganar la guerra perdida. A esa generación de jóvenes cabreados nacida poco antes de la guerra civil le cogió el relevo a finales de los 60 otra generación nacida después de la guerra, pero que se había encontrado entre manos con nuevos materiales de nuevas guerras, las llamadas guerras de liberación de las colonias del tercer mundo. Y también con nuevos conceptos de esperanza social y sublimación de libertad así como con la nueva épica de los desheredados de la tierra. Y esta generación de los 60 reconfiguró mediante unas paletadas nacional-sociales del guerrillero la imagen de *gudari*, que les había servido como identificador. Sin embargo esta reelaboración de la imagería confirió mucha borrosidad al nuevo icono de *gudari*, lo cual le trajo muchos problemas a la nueva generación de finales de los años 60, ora por insistirse a veces más en la inicial imagen construida con los barrotes de “nuestra” guerra civil ora por subrayar lo más universalizable de otras guerras “ajenas”. Y de esta manera aquellos jóvenes radicales hubieron de pasar momentos de angustioso divorcio al no poder matrimoniar ambas imágenes, que entonces apelaban unas a “lo nacional” y otras a “lo social”.

En esta segunda generación es cuando unos cuantos exaltados decidieron que la guerra ya no debía continuar más siendo una mera ensoñación sino que debía ser tan real como una guerra de verdad. Y decidieron comenzar a asesinar. Primero a un joven guardiacivil en servicio, luego a un jefe de policía y enseguida a un taxista.

La tesis del último libro de Gaizka Fernández Soldevilla, *La voluntad del gudari. Génesis y metástasis de la violencia de ETA*, trata de documentar que existió esa voluntad; voluntad que fue propia de ellos, de los etarras de los 60, y no una herencia de los *gudaris* que ellos habrían hecho suya tras veinticinco años de terminada la guerra en los que la antorcha habría ido pasando de una generación a otra. De esta manera el libro trata de echar por tierra la dominante tesis pro-etarra actual de la izquierda abertzale, la cual sostiene una continuidad de praxis entre la generación de *gudaris* que hizo la guerra y la de quienes “la” volvieron a hacer a partir de los últimos años 60 hasta casi nuestros días. Además de proporcionar razones que sirven para falsar esa ideología revisionista de que los *gudaris* del 36-37 lucharon contra España y de que los etarras hayan hecho una guerra, el libro documenta con pormenorización la absoluta discontinuidad orgánica entre los fundadores de ETA y los exaltados en reivindicar el “espíritu gudari” residentes en América latina o en Irlanda y Francia. A pesar de puntos ideológicos compartidos con quienes fundarían ETA en 1959 (como el independentismo, el modelo irlandés republicano, el rechazo parlamentario o la justificación de la violencia), la ensoñación del nacionalismo radical de los *Jagi-Jagi* y otros radicales de *Euzko Mendigoxale Batza* instalados después de la guerra en Caracas, en Argentina, en Méjico o Francia no tuvo influencia alguna en la gestación de ETA, aunque sí la apoyasen económicamente, de manera especial a partir de iniciarse sus asesinatos.

El libro deja bien documentado 1º, que en el seno de los abertzales de posguerra se construyó una memoria distorsionada de la guerra con la apoteósica pero falsa efigie del gudari. Y 2º, que ETA, tras decantarse en 1967 por comenzar una espiral de violencia, el 2 de junio de 1968 tomó por vez primera la decisión de asesinar (concretamente, a los jefes de la Brigada político-social de Bilbao y de San Sebastián). Pero fue Xabi Etxebarrieta quien tomó la decisión de adelantarse y asesinar a un guardiacivil el día 7 de junio. Etxebarrieta pudo no haberlo hecho, como le recomendaba su compañero Sarasketa, pero él decidió asesinar. También queda patente que la voluntad de los etarras de asesinar es una opción tomada desde la radicalidad de su narrativa del “conflicto” asimilado a una guerra permanente desde centurias atrás. Voluntad que se reafirma en el trato cruento que ha dado ETA a los “traidores”, considerados desertores de una guerra. Además de los conocidos casos de Pertur, Naparra y Yoyes, el libro da noticia y pormenores de los asesinatos de los militantes Ignacio Olaiz Michelena (1978), Joaquín Azaola Martínez (1978), Tomás Sulibarria Goitia (1980), José Luis Oliva Hernández (1981) y Mikel Solaun Angulo (1984), así como de varios intentos fallidos de asesinato, como el de Santos Turrientes Urquiola, y del arrinconamiento de ciertos etarras en altos puestos directivos por juzgarlos heterodoxos.

Además de documentar la génesis imaginaria del “gudari” susceptible de creerse en guerra contra España, el libro alumbra también documentalmente sobre su metástasis, más conocida como izquierda abertzale, fiel criadita de ETA en el reparto de tareas bélicas en el seno de la sociedad civil desde la instauración de la democracia. Tras el análisis de la sopa de siglas durante la transición (EHAS, EIA, LAIA, KAS, HASI, EE), y haciendo bueno el proverbio oriental de “Quien cabalga un tigre no puede bajarse de él”, queda patente que las sucesivas generaciones *batasuneras* se han ido colocando el collar que les mandase el amo hasta exhibir el que hoy llevan.

Sostengo con Florencio Domínguez, prologuista de *La voluntad del gudari*, que “además de ser un instrumento idóneo para el conocimiento de la historia, (este libro) advierte del riesgo que se cierne en el momento presente de que en la sociedad vasca... se desarrolle un discurso legitimador del terrorismo pasado”. Y estoy convencido también con Florencio de que esta investigación de Fernández Soldevilla supone un paso más en nuestro deber cívico de combatir la desmemoria. Porque yo también creo que la historiografía vasca actual debe empeñarse, como reto, en suministrar documentos y organizar relatos veraces a fin de combatir no sólo la ilegitimidad moral del mito más nocivo de todos (aquel que ha servido para asesinar) sino ese otro mito de la equidistancia entre los verdugos y sus víctimas.

Y ya que he mentado los mitos que matan, desearía mostrar un caveat cognitivo al supuesto de Gaizka Fz. Soldevilla de que toda retórica nacionalista está basada en una estructura triádica, cuyo hontanar sería el cristianismo. Según él, que sigue en esto los trabajos de M. Levinger y P. Lytle, las imágenes temporales de “pasado glorioso”/“presente decadente”/“futuro utópico” conformarían un encadenamiento causal a modo de estructura narrativa, susceptible de diagnosticar el mal del presente, y también la terapia de movilización contra él. El motor sería la tensión anímica que crean las emociones de pérdida del paraíso junto a las expectativas de volver a él. Está claro que esa concatenación imaginaria es profunda-

mente cristiana y puede que a muchos investigadores de raigambre evangelista les ayude a configurar cuadros de estructura triádica para explicar fenómenos sociales como el nacionalismo. Puede que vengan al pelo para explicar la vorágine del etnonacionalismo vasco en aterradora busca de Estado propio, pero es más que posible recurrir a otros campos metafóricos diferentes de ese de paraíso/caída/redención. Por ejemplo, ¿por qué no servirnos de las imágenes de narcisismo e intolerancia a la diferencia menor de las que hablaba Freud en *El malestar de la cultura*? A Hitler le bastó con levantar una imaginaria barrera “biológica” entre dos razas y dos culturas. Cuando a finales del s.XIX la masiva llegada de inmigrantes a Vizcaya amenazaba el luminoso axioma vasco *euskaldun fededun* que se suponía diferenciarnos del resto de vecinos, Sabino Arana levantó una imaginaria barrera “racial” como respuesta al peligro. En los años 60 del siglo pasado, cuando la integración entre vascos y españoles eliminaba los principales rasgos diferenciales y el recurso a la raza había sido completamente desprestigiado, entonces fue la barrera “lingüística” la que adquirió una importancia neurótica en unos individuos que decidieron asesinar por primera vez en ETA. Mediante el terrorismo ETA ha logrado convertir la integración lingüística en español en una enfermedad y lo español en el peor enemigo. ¿A finales de los 60, el vocabulario de limpieza, el más peligroso de los narcisistas, no se camuflaba bajo el aparatoso síndrome de la muerte del euskera? ¿No ha hecho ETA que el euskera sea lo limpio entre los vascos, tal como ha quedado ya institucionalizado en Eusko Jaurlaritza?

Existen muchas razones históricas para creer que esa fantasía de pureza (auténtica ideología de las clases gobernantes vascas durante los siglos XVI-XVII) configurada neuróticamente por el jesuita Larramendi en el s.XVIII, es la que sobrevalora la creencia de que los vascos no tenemos nada en común con los españoles ni nada que compartir con ellos, y que el peligro que suponen ellos para nosotros nos llevará un día a una guerra contra ellos (Larramendi dixit). La edición ya próxima de una historia cultural de la Iglesia vasca, escrita por Luis Haranburu-Altuna, con el s.XIX bien documentado así como bien explícita la ideología de la Iglesia vasca durante la guerra y la posguerra, dejará patente que la dimensión explicativa de la violencia “bélica” de ETA tiene algo que ver con los esquemas mentales de pureza y peligro de la tradición eclesial abertzale.

Por otra parte insinuaría asimismo mi creencia de que dicha estructura triádica no es la que funcionó para desarrollar la ideología del nacionalismo de los Estados-nación. En éstos la imaginación de los ideólogos no actuaba “estructurada” triádica o redentoristamente sino, como explicó B. Anderson en *Imagined Communities*, respondió más bien a representaciones simbólicas y narrativas espacio-temporales en las que una especie de artefacto cultural despegaba en el tiempo y, a través de vicisitudes, llega a ser lo que actualmente es, un estado nacional. Más que de estructura se trata de un viaje, un aprovechado viaje aunque muy peligroso: si bien se partió con muy poco bagaje, a través del tiempo se fue adquiriendo más y más propiedades mediante luchas defensivas y combates hasta llegar a la actual situación. Evidentemente, detrás de esta idea está la concepción dialéctica de historia de Hegel.

Me atrevería a sospechar que el estructuralismo cognitivo hace un poco de sombra a la gran solidez documental y la muy adecuada arquitectura que ha montado Fernández Soldevilla

para articular el libro. Porque si fuese esa estructura ternaria lo que después de la guerra impulsó a “guerrear” contra el enemigo español, ¿por qué no se lanzaron a la acción directa los nacionalistas radicales aberrianos de *Jagi jagi* así como los radicales del exilio latinoamericano? Eso no lo explica su tesis. Ciertamente que la falta de cojones no fue el motivo. Seguramente *aberrianos* y *mendigoxales*, todos ellos sabinianos puros, estaban demasiado aherrojados por el factor raza y la IIª Guerra Mundial dejó patente que argüir la raza como elemento diferenciador contra los españoles era un insulto a los combatientes. De hecho en 1948 se inventaron en Chicago los derechos humanos a causa de los devastadores efectos éticos de esa guerra en el campo de los ganadores. Y ¿por qué Txillardegui y sus colegas fundadores de ETA no se lanzaron a asesinar en los 50, pero sí los de la siguiente generación? Para pasar a asesinar en los años 60 era menester otro argumento que la raza, y era la lengua, el euskera, eso que nos hace ser una cultura diferente: la lengua que supuestamente está siendo asesinada por España, y que nos hace desaparecer como pueblo. Este factor necesario no era sin embargo suficiente, requería además el estímulo de las guerras de liberación del Tercer mundo (Cuba, VietNam, Argelia). El imaginario de “guerra de liberación nacional” fue a mi modo de ver el detonante que hizo explotar la tradicional carga explosiva del neurótico imaginario de *limpieza/peligro*. De hecho, cuando ETA basculaba hacia lo social (períodos de ETABERRI, Saioak, ETAVI) Txillardegui y su amplio grupo de influencia se separaban de esa ETA, para refluir de nuevo en su seno en cuanto en ETA se aseguraba el timón de lo nacional con la lucha por el euskera en el puesto de mando. Por fin ETA se hizo llamar a sí misma MLNV. En los años 60 la cuestión puesta sobre el tapete ante la militancia etarra fue aquella que en el primer contacto para adjudicarme tareas me planteó el indiscutible líder, Iturrioz: “¿es el euskera un absoluto?”. Responder afirmativamente era negar la lucha de clases.

Quien respondiera que lo absoluto era la lucha de clases, estaría inclinado a abandonar la violencia y, por supuesto, a no comenzar a asesinar. Quien respondiera que la lucha de clases pasaba por liberar la nación vasca de su opresión lingüística y cultural, entonces daba un paso firme a aceptar la guerra de liberación. Pero, claro, una cosa es decirlo y otra cosa es asesinar. Para esto, hace falta ser un asesino... con la mente cargada de una munición de guerra de liberación. La voluntad de ser un asesino es una opción ética. ¿Puede un historiador investigar sobre esa voluntad sin evaluar el contexto social de las actitudes morales de los abertzales que decidieron comenzar a asesinar? Les queda mucho campo todavía a los historiadores pero libros como éste ayudan a ver mejor los problemas.